



Capítulo 37

Habían pasado dos semanas y tres días desde que Alon abandonó Teria, la capital del Reino de Asteria.

En ese momento estaba cruzando el desierto del sur, un paso obligatorio antes de llegar a Colony.

«Uf...».

Alon miró al sol abrasador y sintió que solo con respirar le quemaban los pulmones.

«Hace un calor insoportable».

Ante la voz de Evan, que miraba fijamente al cielo, Alon asintió con la cabeza, aunque con dificultad.

Por muy bien fabricado que estuviera el carruaje, no podía bloquear el calor.

«Si tan solo tuviera una piedra de cristal de hielo...».

Evan se lamentaba por un artefacto tan caro que incluso comprarlo requería el costo de varias mansiones.

Tenía la lengua fuera como un perro, lo que le daba un aspecto bastante ridículo, pero Alon no se atrevía a reírse.



El desierto era, francamente, increíblemente abrasador.

«Ya debería haber llegado... si hubiera ido un poco más rápido...».

Con un suave suspiro, los pensamientos se agolparon en la mente de Alon.

En realidad, Alon había llegado al borde del desierto poco más de una semana después de partir hacia Colony.

Si hubiera entrado en el desierto inmediatamente en ese momento, ya podría haber llegado a Colony.

Configuración de privacidad

Pero había dos razones por las que Alon se había quedado en el desierto.

Una era porque había hecho una breve parada en otro territorio para preparar un regalo para los Seolrang de la Colonia.

«Aunque sea nuestro primer encuentro y no nos ayuden, al menos debería llevar un regalo».

Como resultado, aunque ya debería haber llegado a Colony, Alon seguía atravesando el desierto bajo un sol abrasador.

En retrospectiva, daba igual si salía temprano o tarde, ya que la distancia para cruzar el desierto era la misma.

Pero al sentir el sol abrasador, Alon no pudo evitar sentir cierta injusticia.



«Uf...».

¿Cuánto tiempo había pasado desde que esos pensamientos irracionales se habían despertado en él?

«¡Vamos a acampar aquí!».

Justo cuando el sol abrasador comenzaba a ponerse y se convertía en una puesta de sol, Alon oyó una voz desde fuera y salió del carruaje.

Lo que vio fue una fila de docenas de carruajes en el terreno cada vez más oscuro, cada uno con una pequeña linterna colgando de él.

Esta fue la segunda razón por la que Alon había retrasado su partida.

«Llevo cinco días seguidos viendo esto, pero cuanto más lo veo, más seguridad me da».

Ante el comentario de Evan, Alon asintió con la cabeza.

Había estado viajando con una caravana para cruzar el desierto.

Sabía muy bien que cruzar un desierto tan vasto en solitario era una idea terrible.

—Por cierto, conde.



Mientras observaba a los mercaderes comenzar a montar el campamento siguiendo las órdenes del jefe de la caravana, Evan tomó la palabra.

«¿Qué pasa?».

«¿No vas a practicar magia?»

Aunque intentaba parecer indiferente, Evan no pudo ocultar el atisbo de expectación en su expresión.

Alon, que se quedó momentáneamente desconcertado, pronto se dio cuenta de lo que Evan quería decir y respondió.

«Es lo que pretendo, pero será diferente de la magia que he estado estudiando hasta ahora».

«Ah».

Evan parecía un poco decepcionado, pero Alon no tenía intención de ceder.

Tras meses de investigación, había dominado su magia actual hasta tal punto que practicarla ahora no tenía sentido.

«... ¿No puedes practicar solo una vez?».

«No».

«Uf...».



Configuración de privacidad

Evan suspiró con pesar ante la firme negativa de Alon.

Pero su decepción duró poco.

«Vaya, eso es... completamente plano. Se diría que es un error».

Cuando el sol finalmente desapareció y el clima se volvió frío, Alon encendió una fogata y siguió la mirada de Evan.

Evan estaba mirando a cinco personas.

Una era un hombre vestido con ropa bastante lujosa, y otra era una mujer con un pelirrojo intenso que parecía simbolizar las llamas.

Detrás de ellos se encontraban los mercenarios, cada uno con sus respectivas armas.

«El líder de la caravana y el mago de la Torre Roja. No pasa un solo día sin que los veamos».

Alon los conocía bien.

De hecho, era imposible no conocerlos.



El hombre que se postraba ante el mago pelirrojo y los mercenarios no era otro que el líder de la «Caravana del Cabello Dorado», y últimamente el mago había estado buscando pelea con Alon en cada oportunidad que se le presentaba.

«Míralo, ofreciendo comida sin falta todos los días. ¿Es que no tiene orgullo?».

Evan negó con la cabeza, observando cómo el líder de la caravana se frotaba diligentemente las manos y presentaba una vez más vino y comida de alta calidad.

Sin embargo, tanto Evan como Alon entendían por qué el líder de la caravana se mostraba tan sumiso con el mago.

Desde la perspectiva del líder de la caravana, era una gran ventaja estar en buenos términos con un mago de la Torre Mágica, especialmente porque el mago en cuestión era la hija del Maestro de la Torre Roja.

Aunque aún no había ascendido al cargo de vicemaestra de la torre, ya ocupaba el cuarto nivel con tan solo 23 años.

En el mundo del comercio, donde las conexiones eran tan importantes como la perspicacia empresarial, tenía sentido que el líder de la caravana la tratara con la mayor reverencia.

Aunque el propio Alon también se encontraba en una posición en la que las conexiones importantes gravitaron naturalmente hacia él, parecía que el líder de la caravana, sin saber del reciente ascenso de Alon como líder de una facción, había decidido no molestarse en establecer una relación con él.



Más concretamente, era probable que el líder de la caravana hubiera querido entablar amistad con ambas partes, pero, debido al conflicto en curso entre la maga y Alon, optó por centrar todos sus esfuerzos en ella.

Mientras Alon observaba distraídamente cómo el líder de la caravana se inclinaba, pronto se dio cuenta de que el mago había notado que lo miraba fijamente.

«Hmm. ¿Qué estás mirando?».

La mujer de mirada aguda, Liyan Aguileras, se dio cuenta rápidamente y se acercó para buscar pelea con él.

«Solo eché un vistazo».

«¿Te gusta espiar a los demás?».

Liyan comenzó a provocarlo sin dudarlo, con voz teñida de desprecio y desdén.

Configuración de privacidad

«No tengo ese tipo de pasatiempos».

«¿Ah, sí? Me equivoqué. Pensaba que alguien que difunde rumores con tanto entusiasmo también disfrutaría espiando».

A pesar de la respuesta neutral de Alon, Liyan siguió provocándolo. Este dejó escapar un suspiro.



«Qué cansino».

Alon no estaba del todo seguro de por qué ella se peleaba constantemente con él.

Sin embargo, podía adivinar algunas razones, una de las cuales eran los rumores.

Se había corrido la voz, principalmente entre los magos de la Torre Azul y Caliban, de que Alon había desempeñado un papel importante en la lucha contra las amenazas extranjeras utilizando la magia.

Aunque Alon nunca había dicho nada al respecto, Liyan parecía convencido de que él mismo había difundido los rumores.

Otra razón por la que ella se enemistó con él fue:

«Lo he dicho varias veces, yo no difundí los rumores».

«Eres tan evasivo como la Torre Azul».

Parecía que Liyan albergaba un fuerte odio hacia la Torre Azul.

Detrás de su rostro inexpresivo, Alon contuvo una risa.

Aunque Alon le pareciera sospechoso, buscar pelea tan abiertamente no era precisamente un comportamiento racional, ni siquiera en este mundo.



Pero Alon se limitó a escuchar sus provocaciones porque le parecían demasiado infantiles como para provocarle una reacción real.

Sin embargo, esa era solo una parte de la razón.

La verdadera razón por la que la toleraba era su estatus.

A diferencia de Penia, Liyan no ocupaba ningún cargo oficial en la Torre Roja.

Sin embargo, ser la hija del Maestro de la Torre Roja era un título mucho más intimidante que cualquier rango oficial.

Aunque el Maestro de la Torre Roja había muerto dramáticamente tras cargar en solitario contra uno de los Cinco Grandes Pecados que destruyeron la Torre Roja, no era un personaje secundario, ni siquiera en el juego.

En otras palabras, el temperamento fogoso del Maestro de la Torre Roja lo había llevado a abrazar la muerte misma.

En términos más sencillos, se le consideraba un loco.

Al ver el calibre de los mercenarios que rodeaban a Liyan, a pesar de que ella no era particularmente fuerte para ser una maga de cuarto rango, estaba claro lo mucho que su padre la valoraba.

«Bueno, no es que vaya a volver a verla una vez que termine de cruzar el desierto».

Alon decidió ignorar sus provocaciones por el momento.



«Hmph...».

Al darse cuenta de que Alon solo respondía a medias, Liyan frunció el ceño y se dio la vuelta bruscamente, dirigiéndose de vuelta a su carruaje.

Alon negó con la cabeza mientras la veía alejarse.

Configuración de privacidad

Al día siguiente.

Rad, el líder de la Caravana de los Cabellos Dorados, que había viajado por varios reinos excepto por el Imperio, donde no podían pasar más de 30 carros, sonrió mientras el sol le daba de lleno.

El sudor goteaba de su corpulento cuerpo, lo que demostraba lo mucho que su carne sufría por el calor, pero su rostro estaba lleno de satisfacción.

Y con razón: ahora tenía la oportunidad de establecer una conexión con la hija del Maestro de la Torre Roja.

Si todo salía bien, incluso podría conseguir un contrato de suministro para entregar regularmente mercancías a la Torre Roja en la ciudad a la que se dirigían.

Así, a pesar del calor abrasador, Rad se sentía bastante feliz.



«Hubiera estado bien establecer vínculos con el noble también...».

Rad miró hacia atrás con una ligera expresión de pesar.

El carruaje del conde Palatio, que viajaba con la caravana, se encontraba al final, pero Rad no parecía particularmente preocupado, aparte de un leve pesar.

Rad, un veterano de la ruta comercial, sabía muy bien que era imposible atrapar dos conejos a la vez.

Además, no le decepcionó demasiado no hacerse amigo de Alon, ya que los rumores sobre su destreza mágica le parecían un poco exagerados para alguien con habilidades de nivel 3.

Liyan le había asegurado repetidamente a Rad que el poder mágico de Alon no estaba a la altura de los rumores, por lo que no era demasiado decepcionante dejar escapar esa conexión.

Por supuesto, si Rad hubiera estado más al tanto de las últimas noticias, la situación podría haber sido diferente.

Por desgracia, solo sabía que Alon tenía algunos vínculos con uno de los Caballeros Maestros de Caliban.

En cualquier caso, Rad continuó su viaje bajo un calor abrasador, relativamente satisfecho con sus circunstancias.

«¡Preparaos todos para la batalla!».



Ante el repentino grito de un mercenario que iba al frente de la caravana, Rad frunció el ceño.

Si los mercenarios pedían entrar en combate en medio del desierto, solo podía haber una razón.

«Tsk, bandidos...».

Rad suspiró al pensar en los bandidos que vagaban por este vasto desierto, atacando a las caravanas, pero su rostro no mostraba ningún signo de miedo.

¿Y por qué habría de hacerlo? La Caravana de los Cabellos Dorados contaba con docenas de mercenarios que Rad había contratado, además de más de diez mercenarios de rango B encargados de proteger a la hija del Maestro de la Torre Roja.

En otras palabras, Rad estaba seguro de que ningún grupo de bandidos común podría dañar a la caravana.

Sin embargo, en el momento en que vio la enorme bandera en la distancia, el rostro de Rad palideció por el miedo y sus ojos se abrieron con horror.

Configuración de privacidad

La pancarta que se acercaba a través de la nube de polvo era una que ningún comerciante debería encontrar jamás.

«Arena sangrienta...».



El nombre del infame grupo de bandidos vino a la mente de Rad, y su rostro se llenó rápidamente de terror.

Incluso desde la distancia, estaba claro que eran docenas, y se decía que cada miembro de los bandidos de la Arena Sangrienta era tan fuerte como un caballero.

¡Zas!

Antes de que Rad pudiera terminar de pensar, uno de los bandidos que iba en cabeza lanzó una hoz con cadena hacia un mercenario, acabando con su vida al instante.

Y con eso, comenzó la batalla.

No, fue más bien una masacre.

Los bandidos, que claramente no tenían intención de negociar, masacraron a los mercenarios que protegían los carros en cuestión de segundos.

Así, sin más...

«Increíble, ¿verdad?».

En menos de dos minutos, la mayoría de los mercenarios habían sido asesinados por los bandidos de Blood Sand, y un hombre dio un paso al frente.

Con un parche en un ojo y dos cimitarras en la cintura, observó la sangrienta escena con una fría sonrisa.



«Oh...».

Entre los mercenarios de élite que aún resistían a duras penas, el hombre vio al mago Liyan, lleno de miedo y tensión, y su retorcida sonrisa se amplió.

«Bueno, mira esto. Realmente nos ha tocado el premio gordo».

Su voz estaba llena de emoción.

«¿Quién eres?».

Liyan frunció el ceño y preguntó con dureza, pero el hombre simplemente desenvainó una de las cimitarras de su cintura y respondió.

«Lo descubrirás cuando vengas conmigo».

Sonrió maliciosamente e infundió magia en su espada.

Cuando la energía azul comenzó a arder como fuego en su espada, la expresión de Liyan se volvió sombría.

A pesar de su actitud despreocupada, ella sintió un profundo temor al reconocer lo poderoso que era el aura que emanaba de su espada, mucho más allá de la de los caballeros comunes.

En ese momento, se dio cuenta de que no había forma de escapar.



Que, tal vez, le esperaba un destino peor que la muerte.

Cuando este aterrador pensamiento cruzó por su mente, los traumas del pasado comenzaron a inundar sus recuerdos, y su cuerpo temblaba incontrolablemente con solo recordarlos.

Podía sentir cómo los horribles recuerdos carcomían su cordura, apoderándose de su mente.

Configuración de privacidad

Pero justo cuando la mente de Liyan estaba a punto de colapsar...

«—¿?».

—Algo la devolvió a la realidad.

Era el aire.

La hiperventilación provocada por su trauma cesó de repente.

Lentamente, su aliento se escapó, formando una niebla visible.

Y en ese momento, cuando el vapor blanco se hizo visible en el aire, Liyan se dio cuenta de algo.

El aire, que hacía solo unos instantes era sofocante, ahora se había vuelto gélido.



«¿Qué...?»

Mientras Liyan permanecía allí, atónita, se dio cuenta de que la sonrisa retorcida del rostro del hombre también se había transformado en una mirada de confusión.

No solo se había enfriado el suelo, que antes estaba caliente, sino que había empezado a formarse escarcha en la arena.

Y entonces...

Paso.

En el silencio sepulcral, resonó el sonido de unos pasos.

Los bandidos dirigieron su atención hacia el sonido.

Los mercenarios, que momentos antes estaban tensos y temerosos, también desviaron la mirada.

El hombre, que sostenía sus cimitarras y apuntaba a Liyan, también volvió la mirada.

Y allí, donde Liyan, que acababa de quedar consumida por su trauma, ahora miraba fijamente...

Un hombre caminaba hacia adelante.



Paso.

Su paso no era ni apresurado ni lento.

Paso.

Su expresión permaneció impasible, como si la situación no tuviera importancia para él.

Paso.

La energía cenicienta que fluía de su brazalete se fusionó con el frío circundante y, finalmente, se detuvo.

En ese momento...

«Quieto...».

—murmuró el conde Palatio.